

RACONTOS

Cuando terminé de leer la selección de artículos de Andrés Aylwin (que, junto con los de César Díaz y Reinaldo Sapag, se han publicado en un libro), quedé profundamente impresionado. Si bien estos artículos no me decían nada nuevo de la personalidad de Andrés Aylwin, se me hizo patente uno de los muchos méritos que tiene y es el haberse mantenido, a través del tiempo, fiel y consecuente a su ideario de juventud.

Es condición generalizada de la juventud el idealismo, la generosidad, la combatividad en la consecución de su pensamiento, rasgos que no son ni transables ni sujetos a componendas, pero lo normal es que cuando la juventud deja paso a la madurez, esas virtudes se olviden, sobre todo cuando se entra en la política contingente.

Fue en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile donde conocí a Andrés. El estaba en un curso superior al mío y nuestro acercamiento se produjo porque ambos militábamos en la Falange Nacional, un grupo pequeño y selecto que en el sector universitario dirigía un joven estudiante de Química, tan idealista como

todos nosotros: Vicente Sota.

En aquel tiempo los falangistas repetíamos una frase que había acuñado uno de nuestros líderes mayores: "Queremos ser cristianos hasta las últimas consecuencias". El tiempo se encargó de desgranar el choclo. Unos siguieron en la política con distintos signos y suerte y otros la abandonaron y ese ideal de ser cristianos hasta las últimas consecuencias pasó a ser para la mayoría un lindo recuerdo de juventud. Sin embargo, si alguien no lo olvidó, e hizo de ello la norma de acción de toda su vida, ese es Andrés Aylwin.

Los artículos reunidos en este libro se extienden entre los años 1991 y 1996, y en todos está presente la misma preocupación permanente del autor: su devoción por los pobres y por los que sufren, devoción que se ha concretado en los

terminados nuestros años universitarios, la vida nos separó. Sin embargo, tengo frescos en la memoria dos encuentros fugaces que tuve con Andrés. El primero data de los días siguientes al

familiares de los desaparecidos y asesinados por la dictadura, en su vocación democrática y su repudio a la violencia, su rechazo al pragmatismo que corroe a nuestra sociedad y la necesidad de mantener las utopías que tienden a estructurar un mundo más justo y solidario.

Terminados nuestros años universitarios, la vida nos separó. Sin embargo, tengo frescos en la memoria dos encuentros fugaces que tuve con Andrés. El primero data de los días siguientes al

Fiel a su juventud ²³⁻⁴⁻⁹⁷

triunfo electoral de Frei Montalva. Yo había advertido con aprensión desde el día en que fue elegido Frei que la sede del partido se llenaba de militantes en busca de granjerías o puestos en la administración. Cuando vi aparecer ahí a Andrés, lo interpele agresivamente diciéndole "¿Y

qué vienes a hacer aquí?". "Quiero ser diputado", me respondió simplemente. Y yo me quedé pensando en por qué un hombre tan equilibrado y recto pretendía optar a un cargo de representación popular donde sería objeto de presiones y, lo peor, de tentaciones. Tuve respuesta a mis inquietudes al observar el comportamiento de Andrés Aylwin como diputado. En cada una de sus actuaciones daba testimonio del ideal que se había propuesto en su

SERGIO VODANOVIC

juventud.

El segundo encuentro tuvo lugar en la calle, pocos días después del golpe de Estado, el día en que se nos permitió salir de la casa. Andrés estaba desolado. Me dijo: "Esto va a significar un retroceso en nuestro desarrollo democrático...", y se quedó un rato pensativo para terminar su frase: "... como de cuatro o cinco años". Se quedó corto en sus cálculos Andrés, pero el período de la dictadura fue el más fértil para realizar su labor cristiana, dando ayuda, comprensión y amor a tantos que lo necesitaban, lo que le valió, entre otros agravios, la relegación a un inhóspito pueblo fronterizo del norte.

Hoy, empujándose sobre los 70 años, Andrés Aylwin ha anunciado su retiro de las actividades políticas. Se va rodeado del aprecio y respeto de amigos y adversarios. No hay duda que todo el país, politizado o no, lo echará de menos. Se necesita gente como él en la política, sobre todo como ejemplo de juventud para los jóvenes. Un hombre que ha sabido mantenerse fiel a sus ideales juveniles, es algo de lo que muy pocos pueden vanagloriarse.